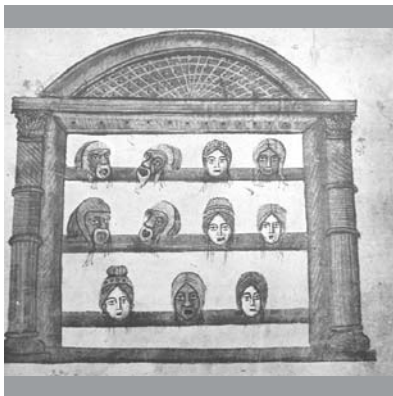


AVREA SÆCVLA

LA HISTORIA DEL TEXTO DE TERENCE EN LA ANTIGÜEDAD

J. VELAZA



U
UNIVERSITAT DE BARCELONA



JAVIER VELAZA

**LA HISTORIA DEL TEXTO
DE TERCENCIO
EN LA ANTIGÜEDAD**

Publicacions



UNIVERSITAT DE BARCELONA



PREFACIO

Hoy por hoy la *communis opinio* —o al menos una parte muy mayoritaria de ella— viene sosteniendo que nuestros códices de Terencio remontan a un arquetipo común, el cual, a su vez, procedería de una edición procurada en las postrimerías del s. I dC por el crítico y filólogo Marco Valerio Probo de Beryto. Este esquema de transmisión se sustenta, sin embargo, sobre datos de muy desigual valor, combina hipótesis no siempre suficientemente sólidas y, en última instancia, no es capaz de responder a algunas de las innumerables cuestiones que suscita la tradición, compleja, plural y enrevesada, de las comedias de Terencio. No es de extrañar que Reeve concluya su certera síntesis de *Texts and Transmission* haciendo suya una sentencia nada autocomplaciente de Heinrich Marti: “Viel Material bedeutet auch viel Arbeit”¹.

En efecto, gran parte del material terenciano demanda todavía hoy mucho trabajo. En primerísima instancia, por supuesto, los varios centenares de códices medievales que permanecen sin colacionar; pero también la riquísima tradición de escolios, comentarios y glosas generados en torno a un texto que no dejó de ser leído y estudiado en la escuela durante toda la época romana. Eso, sin dejar de lado la abundante tradición indirecta, a veces injustamente negligida. Por lo demás, no hemos obtenido todavía una solución definitiva para cuestiones fundamentales de cronología, como son la datación de la recensión caliopiana y la de su posterior diversificación en las familias γ y δ o de parentesco, como la existencia o no de un arquetipo común a dicha recensión y a la representada por el código Bembino². Por decirlo con Michael von Albrecht, “la

¹REEVE 1983, p. 420.

²En este sentido, entre otros, ALBRECHT 1997, pp. 234-235.

historia de nuestro texto antes del 400 dC y la valoración de lo que nos ha sido transmitido son controvertidos en todos los detalles”³.

En tales condiciones, es más que dudoso que en el momento actual estemos en disposición de ofrecer un modelo definitivo de las vicisitudes experimentadas en la antigüedad por el texto de Terencio, que se constituye así en un buen ejemplo de cuánto le queda por hacer todavía a nuestra filología. Dodds tiene razón al afirmar que nuestros textos clásicos son hoy en día lo suficientemente buenos como para vivir con ellos. Pero también la tiene Shackleton Bailey al replicar que eso depende del estándar de vida de cada uno⁴.

Este trabajo no aspira, por supuesto, a proporcionar un modelo completo de la transmisión terenciana antigua. En su génesis, de hecho, pretendía solamente dar respuesta a uno de sus aspectos particulares, en concreto, el de valorar si Marco Valerio Probo de Beryto tuvo algún protagonismo en la configuración de la –o de una– tradición de Terencio, o si ése era otro más de los espejismos que embozan la controvertida figura del mencionado filólogo y gramático de época flavia. Esa pregunta puntual –que muchos estudiosos de los dos últimos siglos han pretendido zanjar con un precipitado sí o con un recalcitrante no– envuelve, sin embargo, como intentaremos demostrar, un número suficiente de otras cuestiones como para que pueda tomarse en consideración aisladamente y sin poner en tela de juicio la totalidad de nuestras hipótesis en torno a la transmisión de Terencio. De esta manera, el proceso de nuestra investigación ha incluido, necesariamente, la colación de varios de los códices más representativos –con autopsia cuando ha sido posible, mediante reproducción fotográfica o facsimilar en otros casos–, la reconsideración de buena parte de la tradición indirecta y, hasta donde resulta posible en el estado actual de nuestros estudios, una revisión del generosísimo, pero a un tiempo endiablado corpus de comentarios, escolios y glosarios de los que el texto terenciano fue objeto desde muy pronto y que se nos han conservado al menos desde el s. IV dC.

Lo que se expone en este estudio no pretende ni puede ser, por lo tanto, más que el resultado provisional de estas pesquisas. No renuncia-

³ ALBRECHT 1997, p. 234.

⁴ TARRANT 1992, p. 35.

remos, sin embargo, a postular aquí un nuevo modelo de comprensión de lo que sucedió con el texto de Terencio entre la época imperial –y tal vez incluso la republicana– y la Edad Media. En él se integran y, según creemos, encuentran mejor justificación los datos dispersos de carácter textual, codicológico, formal e histórico que tenemos a nuestra disposición en el momento actual.

Este trabajo se ha beneficiado de los atinados consejos y sugerencias de los Drs. Marc Mayer y Jaume Juan, con quienes quedamos en deuda de cordial gratitud. Y también con Gemma Bernadó y Hernán González, por su ayuda en la confección de los índices.

1

LA TRADICIÓN MANUSCRITA

1.1. El códice Bembo (A)

De Terencio conservamos un códice tardoantiguo que equipara la tradición del comediógrafo en antigüedad a las de Virgilio, Cicerón o Salustio⁵. Se trata, como es sabido, del célebre manuscrito Vat. Lat. 3226 (fig. 1), conocido como Bembo por haber pertenecido, en primer lugar, a Bernardo Bembo (fig. 2) —en cuya casa de Venecia lo colacionó, en el verano de 1491, Angelo Poliziano⁶ (fig. 3)— y, después, a su hijo, el cardenal Pietro Bembo⁷. De él pasó a propiedad de Fulvio Orsini y, a continuación a la Biblioteca Vaticana, donde se conserva en la actualidad. Se le nombra mediante la sigla A. Escrito en capitales rústicas, probablemente en Italia, presenta correcciones de varias manos: A¹ se atribuye al propio copista, quien repasaría y corregiría *a posteriori* sus propios errores; un corrector antiguo (*corr. ant.*) emendó el códice con letra muy pequeña y tenue; más tarde, intervinieron en diversa medida en los márgenes del manuscrito un personaje llamado *Ioviales* (seguramente en el s.

⁵ No por casualidad los otros integrantes de la *Quadrige Mesii*.

⁶ Sobre la colación de Angelo Poliziano es de obligada consulta el trabajo de RIBUOLI 1981.

⁷ La reproducción facsimilar del Bembo se la debemos a PRETE 1970. Más tarde, COURY 1982 proporcionó reproducción fotográfica del *Phormio*. La bibliografía sobre el códice es extensísima: véanse en especial los trabajos de CLARK 1985, COURY 1982, DZIATZKO 1891a, GRAFTON 1981, GRANT 1988, HAULER 1889, KAUER 1898, RAFFAELLI 1980, 1981a y b y 1985, RAMAIN 1901, RIBUOLI 1981a, WILLE 1969 y VILLA 1984, pp. 433-434, núm. 642 (con más bibliografía).

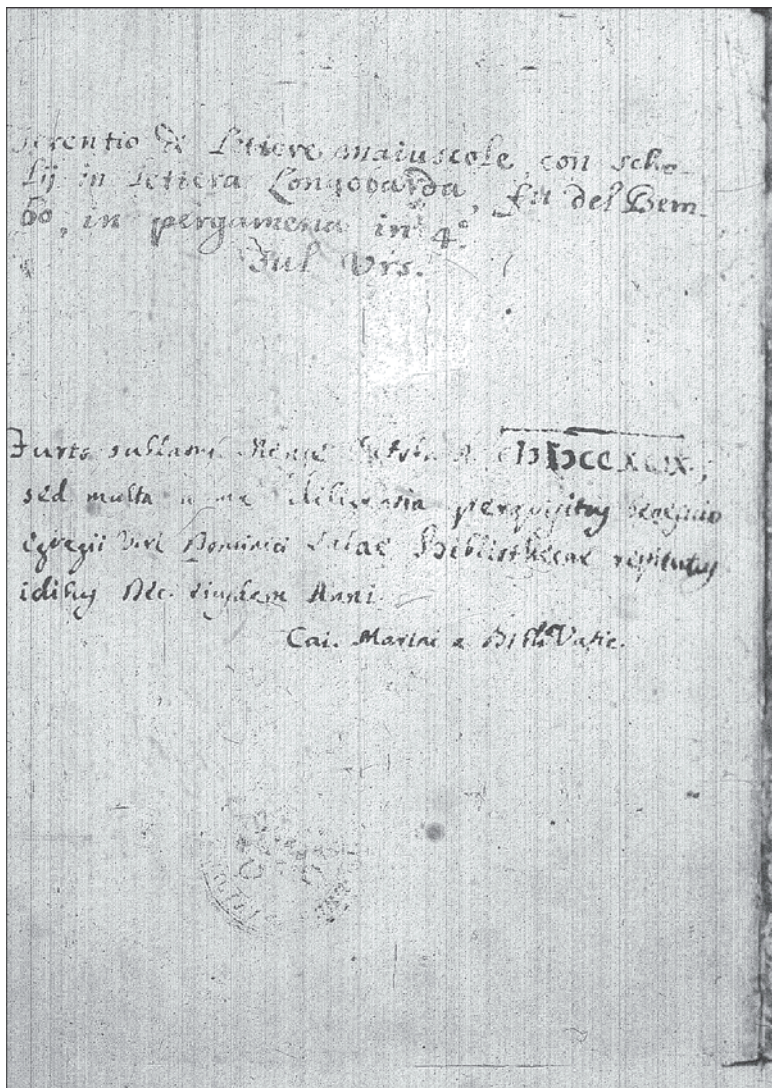


Fig. 1: Vat. Lat. 3226 (codex Bembinus) (A)

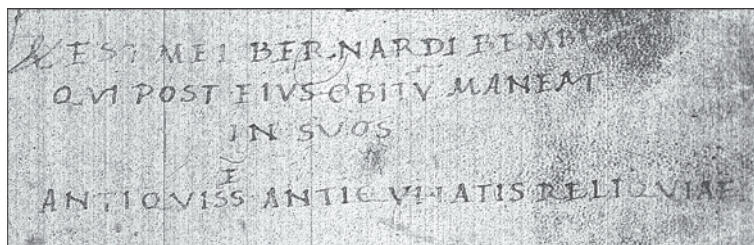


Fig. 2: *Subscriptio* de Bernardo Bembo en el Vat. Lat. 3226

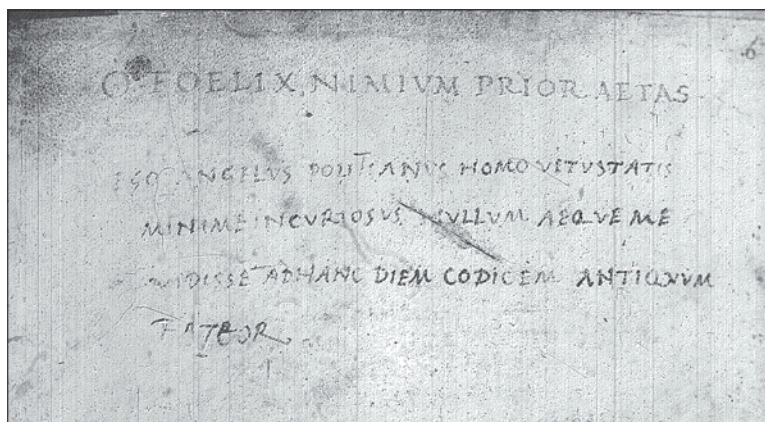


Fig. 3: *Subscriptio* de Angelo Poliziano en el Vat. Lat. 3226

VI)⁸, el autor de los escolios Bembinos⁹ y un corrector reciente (*corr. rec.*, s. VII-VIII)¹⁰. La mutilación de los primeros y últimos folios y la pérdida de una página intermedia han provocado la falta de casi toda la *Andria* (por completo de los versos 1-786, quedando sólo fragmentos de 787-924), del comienzo del *Hauton timorumenos* (el prólogo y los vv. 1-37) y el final de *Adelphoe* (a partir del v. 915 sólo sobreviven algunas letras).

Sobre la datación del códice Bembino existen dos propuestas distintas. La de Lowe, quien en sus *Codices Latini Antiquiores* lo fechó hacia finales del s. IV o comienzos del s. V¹¹, es sin duda la que ha concitado más adhesiones, entre ellas las de todos los editores modernos¹². Sin embargo, Pratesi ha postulado una datación un siglo más baja, entre los últimos años del s. V y los primeros del s. VI dC¹³. Es muy difícil decantarse por una o por otra, ya que ambas se basan en criterios estrictamente paleográficos y la precisión de estos últimos no siempre es tanta como pretendemos. La vitalidad de la capital llamada rústica entre finales del s. III hasta finales del s. VI está garantizada por paralelos epigráficos relativamente bien datados; por lo demás, las oscilaciones gráficas de esta variedad escrituraria no son demasiado significativas y pueden responder tanto a causas cronológicas como geográficas o de escuela. Así las cosas, y más allá de la tendencia actual a rebajar las dataciones de la mayor parte de los códices tardoantiguos, incluidos los virgilianos, no puede en modo alguno descartarse ninguna de las dos dataciones propuestas para el Bembino, como tampoco la de una intermedia, a saber, hacia mediados del s. V dC.

⁸ CRAIG 1927.

⁹ Fueron editados primero por Wessner (*Aeli Donati quod fertur commentum Terenti. Acc. Eugraphii commentum et scholia Bembina*, rec. P. Wessner, 3 vols., Leipzig 1902-1908), pero es fundamental la edición comentada de MOUNTFORD 1934. Véase también UMPFENBACH 1867, GRAFTON 1981 y ZETZEL 1975.

¹⁰ La adjudicación de cada escolio a una u otra de las manos ha sido muy discutida y las profundas discrepancias entre Umpfenbach, Kauer y Prete se reflejan en sus respectivas ediciones. Sobre la cuestión sigue siendo útil el capítulo II de PRETE 1950, pp. 22-75.

¹¹ CLA I, 12.

¹² Así, Lindsay – Kauer, Prete, Marouzeau, Rubio y Román Bravo.

¹³ PRATESI 1979.

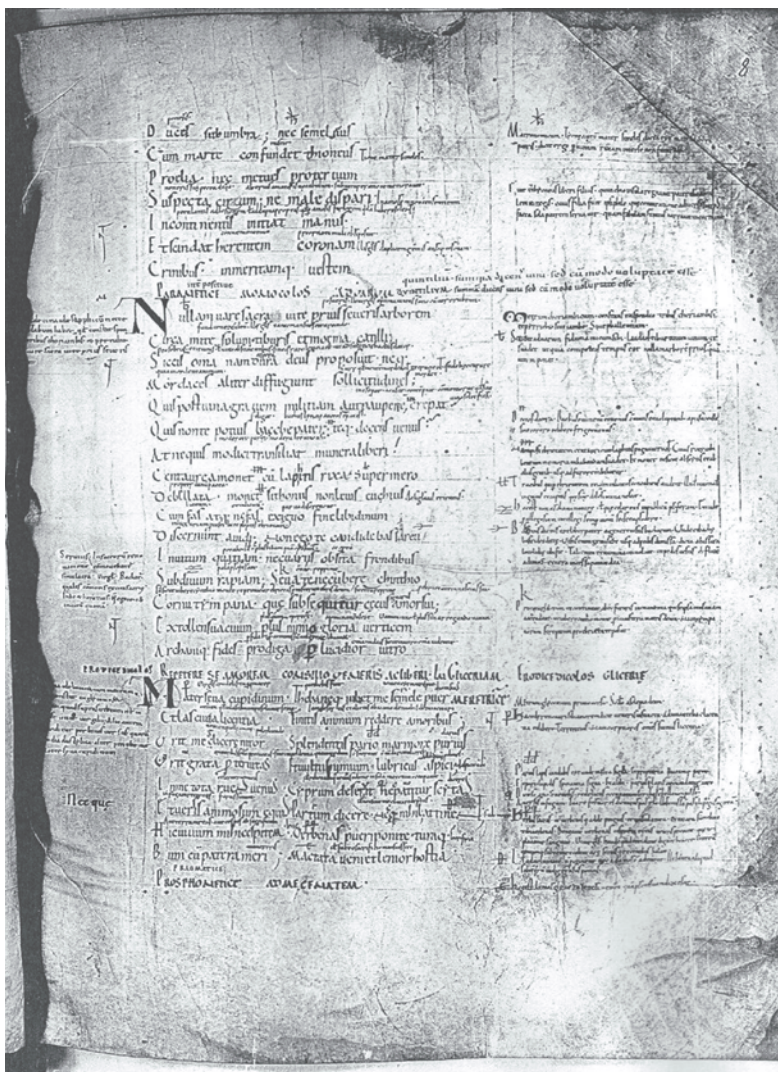


Fig. 13 : Par. Lat. 9345 (Pb)

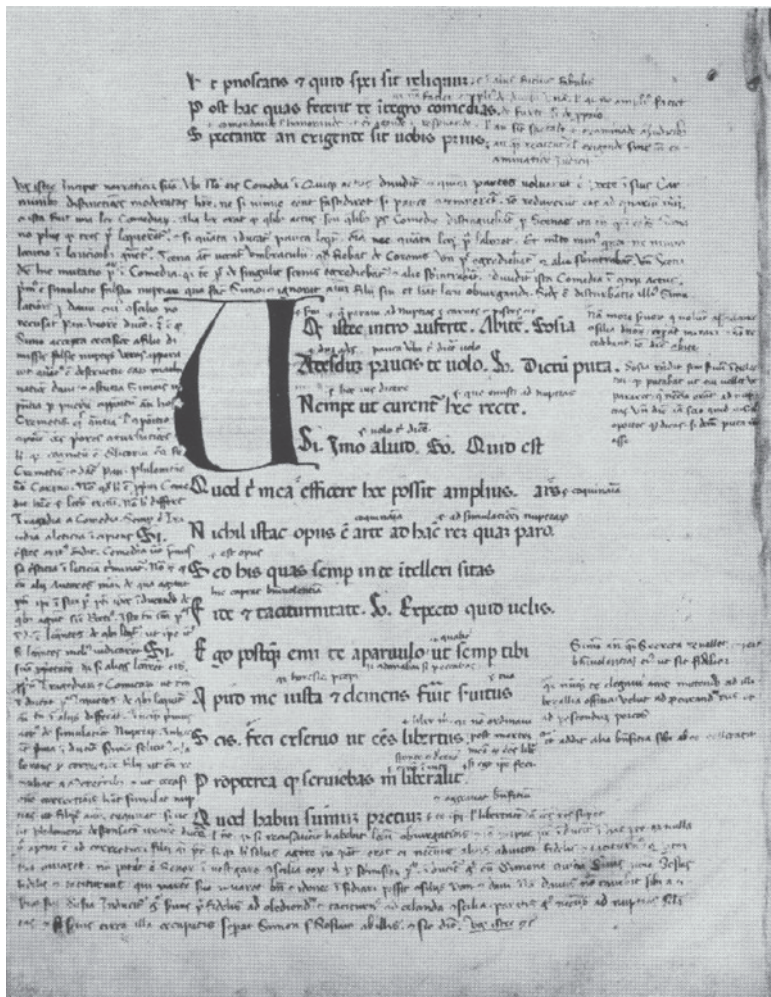


Fig. 15: Florencia, Bibl. Riccardiana 528 (E)

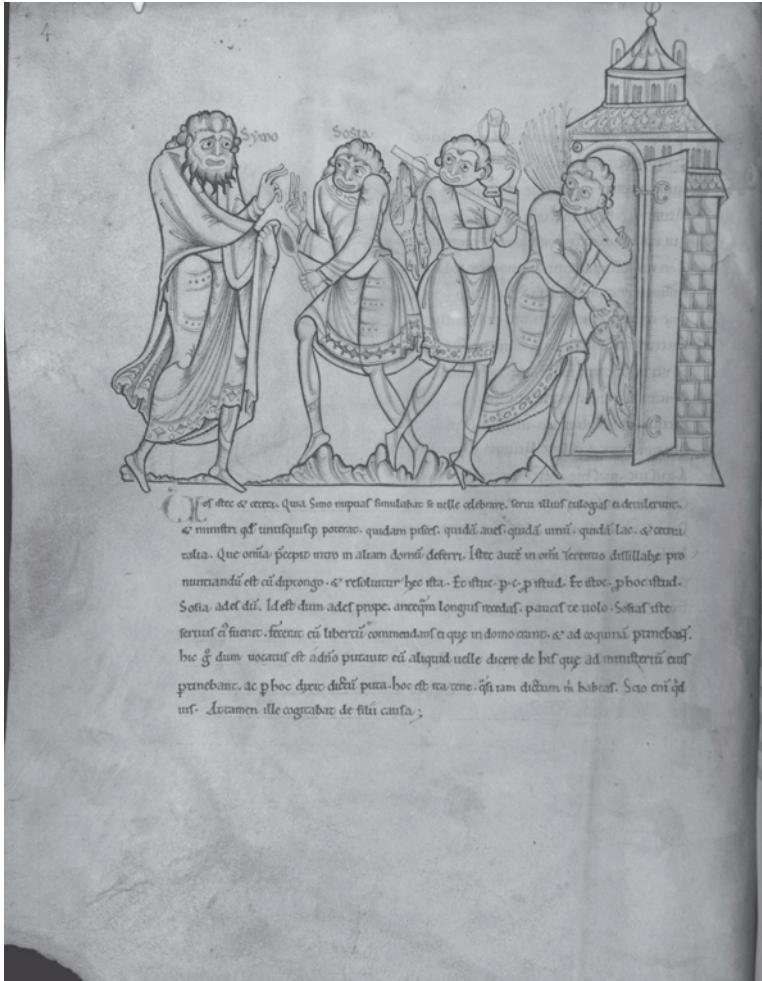


Fig. 16: Oxford, Bod. Library Auct. F. 2. 13 (O)